DE UNAS CARTAS DESDE PARIS

Quiero contaros más cosas de París y lo único que se me ocurre es deciros que no ha cesado de llover desde mi llegada. Se acuesta uno cansado, sin ganas de escribir. A pesar de esto hoy he trabajado un poco en *Los días muertos*. Ya veremos.

Creo que en la vida lo mejor es dejarse llevar. De todas formas arriba uno siempre a algo desconocido. De este viaje mío no sé lo que saldrá. Novela, poesía, cuentos, cine...

* * *

Estoy un poco enfermo y en cuanto acabe esta carta me voy a acostar. Tengo un catarro muy fuerte, y esto, que para cualquiera es un simple constipado, a mí me tiene lleno de tristeza (tal vez la alegría que hay en vuestra carta de El Escorial, ese sol que presiento entre líneas tiene la culpa). Unicamente me contenta el que ahora, cuando suba a mi habitación, me pondré a trabajar en *Los días muertos*. ¡Ah!, la segunda novela que escribiré al llegar a Madrid llevará por título *El miedo;* se trata de todo el proceso psicológico de un hombre tímido, sin carácter, que sufre en una casa donde va a vivir; en fin, ya veréis, yo creo que será lo más fuerte salido de mí.

Ahora, de pronto, me está entrando una alegría enorme al pensar que el sábado o el domingo llegaré a ese pequeño Madrid, donde he pasado las horas más felices de mi vida. Me doy cuenta en este instante de que al gran Unamuno le resulte pobre París al lado de su severa Salamanca. Hay más belleza en una excursión nuestra que en esos grandes viajes preparados en la Agencia Cook.

* * *

El otro día comí en un restaurante español. En las paredes hay algunas litografías de pueblos españoles. Una de ellas es de Córdoba. Es una casa de las afueras. Por entre unos arcos se ve un cielo azul, sin una nube. Un pájaro cruza sobre el horizonte. A la entrada de la casa, sobre el quicio de la puerta, se apoya un hombre que ya no espera nada. La vista la tiene lejos, perdida en un paisaje dorado por un sol de media tarde.

C. DE RÍOS.